

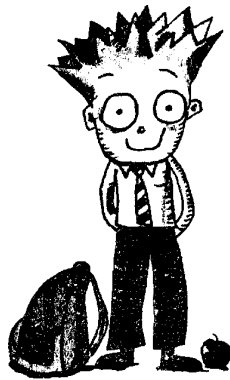


La cama mágica de Bartolo

Mauricio Paredes

¿Cómo se maneja una cama voladora y desobediente?
Eso intenta aprender Bartolo después que la suya decide llevarlo por el cielo hasta la cordillera de los Andes.
Jamás se habría imaginado que allí descubriría una fantástica ciudad secreta. Menos que conocería a Oliverio el zorro, Pascual el conejo, Valentín el puma y Sofia la niña. Y menos aún que juntos deberían viajar en "moto-silueta", hacer surf, bucear, escalar cerros y explorar túneles misteriosos para conseguir la heroica "lasaña" de salvar al mundo porque, tal como están las cosas,
¡mañana el sol no podrá salir!

Bartolo



Había una vez un niño que se llamaba Bartolo.

Bartolo iba todos los días — de semana, obviamente— al colegio a jugar a la pelota, a hacer carreras de botes en la acequia, a subirse a las ramas de los árboles, a pillar lagartijas para meterlas en frascos de vidrio, a fabricar aviones de papel, a quemar hormigas con una lupa y, a veces, hasta a estudiar.

Después de días tan agotadores como este, Bartolo llegaba a su casa todo desastrado y bastante sucio, lo cual a su mamá no le parecía muy bien. Pero esto no le importaba demasiado, porque sabía que si alguna vez llegaba todo impecable y ordenado su mamá se sorprendería tanto que incluso podría llegar a tener un ataque; y como Bartolo la quería mucho, se preocupaba de andar siempre desarreglado para asegurarle una excelente salud.

Querer es poder

Una noche, Bartolo estaba acostado en su cama mirando el techo mientras pensaba en todas las cosas que le gustaría hacer, y eran tantas que, para poder hacerlas todas, tendría que vivir por lo menos unos mil o dos mil años. Eso, en realidad, era un problema bastante grande porque nadie, que él supiera, había vivido tanto (excepto Matusalem, pero ese no

vale, porque en esa época, como recién existía el Universo, el tiempo no funcionaba muy bien que digamos; por eso Dios se demoró solo siete días en hacer el Mundo).

De pronto, Bartolo se dio cuenta que era desatinado estar perdiendo su precioso tiempo en amargarse y decidió comenzar inmediatamente a realizar los proyectos que tenía en mente. Total, seguramente en el futuro alguien inventaría una pastilla para vivir mucho más que lo normal o, incluso, para siempre. Lo malo es que, así acostado en su cama como estaba, no había muchas cosas que hacer salvo mirar fijamente el techo. Y aquello fue lo que hizo. Fijamente y absolutamente concentrado, sin siquiera parpadear. Aguantó así como siete minutos. Los ojos ya le lloraban de tan irritados que los tenía y como en todo éste tiempo había contenido el aire, no pudo más y aspiró tan fuerte que casi se traga la sábana.

Estaba a punto de desilusionarse cuando, de repente, comenzó a abrirse un pequeño agujero en el techo. Poco a poco fue creciendo hasta llegar a ser del pone de la cama. Bartolo podía sentir el aire fresco de la noche en su cara y le parecía que las estrellas se le venían encima. Estaba tan feliz que la emoción se le salía del cuerpo.

Pero eso no fue todo.

Se divertía mirando el cielo, cuando sintió que las patas de la cama se levantaron del suelo y comenzaron a elevarse lentamente.

Al principio se asustó un poco, pero era tan rico volar dentro de su pieza, que el miedo se le olvidó rápidamente. Entonces la cama decidió subir más y más, hasta llegar al forado en el techo.

Ahí paró, y se quedó flotando despacio... como preparándose... y de pronto... ¡Zum! salieron Bartolo y su mueble volador disparados como un cohete al infinito.

El iba sujetándose lo más fuerte que podía, porque viajaban a tanta velocidad como la de un avión a chorro de la Fuerza Aérea. Miró hacia atrás y vio cómo se alejaba su casa, cada vez más pequeña; y después, era solo una luz que se confundía con todas las demás de la ciudad.

El aire era cada vez más frío, porque se dirigían directo hacia las montañas. Se sentó encima tapado con el cubrecama y trató de manejarla, pero ella no le hizo ni pizca de caso y siguió su viaje, cada vez más alto, por encima de la cordillera.

De pronto la cama frenó suavemente y fue bajando hasta aterrizar encima de la nieve. Bartolo no podía creer lo que le había pasado: hacía unos cuantos minutos descansaba tranquilamente en su casa y ahora estaba sentado ¡en medio de la Cordillera de los Andes!

Tenía ganas de pisar la nieve, pero no se atrevía a bajar de la cama, porque en cualquier momento ella podía salir volando de nuevo por cuenta propia y él no tenía ninguna intención de quedarse

ahí botado. Pero el dichoso mueble volador no se movía ni un centímetro.

Como estaba en las montañas, y más encima de noche, hacía demasiado frío. Por suerte tenía dos frazadas bien gruesas. Pero de moverse la cama, nada. Parecía como si se le hubiese acabado el combustible o algo. Bartolo trató de echarle vuelo como a los autos cuando están malos y no quieren andar. Astutamente puso solamente una pierna en el suelo y empujó, pero por más fuerza que hiciera, no pasaba nada, y su pobre pie estaba entero azul de congelado, así que decidió acostarse bien cubierto y esperar un rato.

Y así fue que esperó un rato. Y después otro. Y otro. Ya llevaba como dieciséis ratos y medio cuando se quedó dormido.

La ciudad asombrosa

Bartolo se despertó con un fuerte ruido parecido al de un bus destartado corriendo como un bólido. Pero aún tenía mucho sueño, así que ni se inmutó. Apaciblemente, con una flojera rica, se fue enderezando. Todavía sin abrir los ojos sintió el sol en su cara y meditó acerca del increíble sueño que había tenido, en el que volaba arriba de su cama hasta las montañas...

—Qué lindo sería que hubiese sido cierto —suspiró, y de un salto salió de las sábanas para bajar a tomar desayuno.

Pero precisamente en ese instante, sintió que pisaba algo sumamente frío. Abrió los ojos y hasta la boca, tan grandes como podía, pero no creyó lo que estaba viendo. ¡No había sido un sueño, era verdad! ¡Estaba en medio de inmensos cerros blancos, en las alturas de Los Andes!

— ¡Viva, viva, viva! ¡Estoy en las montañas! —cantaba Bartolo mientras bailaba alrededor de su objeto volador «sí» identificado. Después de unas cuantas vueltas, sentía los dedos como cubos de hielo, así que prefirió seguir bailando encima de la cama—. ¡Viva, viva! ¡Estoy en las montañas con mi cama mágica!

Terminado su baile de celebración, observó lo que tenía alrededor. El cielo era más azul de lo que nunca había visto y la nieve resplandecía tanto que tuvo que cerrar sus párpados casi totalmente.

Todo era espectacular. Mucho mejor que los mapas del libro de geografía; incluso más bonito que cuando llovía y al día siguiente amanecía despejado y él contemplaba, a través de la ventana de la clase de matemáticas, la nieve recién caída en la cordillera (y eso era muy, muy lindo).

Se entretuvo, feliz de la vida, hasta que le dio hambre. Pensó que tenía dos posibilidades: una, ir a explorar los alrededores; la otra, quedarse sentado esperando hasta que la cama partiera. Con la primera opción, la cama podía salir volando

antes que él volviese, y no era gracioso quedarse desamparado tan lejos de su casa; pero con la segunda moriría de hambre de todas maneras. Como Bartolo no era nada de tonto, partió a buscar comida.

Decidió subir una loma para mirar desde ahí. Cuando llegó a la cima vio la cosa más increíble que jamás, jamás, jamás (jamás, en serio) había visto. Al otro lado de la colina, había una ciudad fantástica. No había nieve, sino pasto por todos lados, y ríos, y lagos, y todo estaba rodeado de bosques. Las casas tenían la misma forma que un reloj de arena, pero en gigante. Los autos estaban pintados de colores divertidos: celestes con puntos verdes y rosados o amarillos con rayas negras como abejas.

Los árboles daban varios tipos de frutas a la vez: manzanas, naranjas, plátanos, sandías. Todas en un mismo árbol. Incluso algunos daban chicles, chocolates, papas fritas y hasta churros rellenos con manjar. Y por si todo esto fuera poco, los habitantes (que se veían bastante alegres) eran... ¡conejos y zorros! Los zorros no eran tantos, pero los había... En realidad casi todos eran conejos.

Sin pensarlo dos veces, bajó corriendo por la loma hasta llegar a esta magnífica ciudad que acababa de descubrir.

Bartolo conoce nuevos amigos

Caminaba nuestro protagonista hacia uno de estos árboles de comida cuando escuchó un grito:

—¡¡Abraham Opazooo!!

No alcanzó a entender lo que significaba, cuando algo lo tiró al suelo con vuelta de carnero y todo. Pasado el golpe, se sentó en el pasto para recuperarse y vio que se le acercaba un zorro que se veía igual de mareado que él.

—Perdóname por haberte trompetillado con mi moto-silueta — le dijo.

Bartolo solo atinó a responder:

—¿Qué?

—Con la moto-silueta... te trompetillé recién, ¿te acuerdas?

Luego de un momento de reflexión, dedujo que lo que quería decir el zorro era que lo había atropellado con su motocicleta.

—¿Estás bien?

Bartolo respondió afirmativamente.

—Permíteme representarme, soy el Gran Mermeladuke Roelzo el Magnífico —y luego hizo un saludo muy elegante.

A Bartolo le pareció que era un zorro muy simpático y bien educado (pero en realidad no conocía muchos otros zorros que digamos). Estaba a punto de explicarle su situación, pero el animal lo tomó de un brazo y de un solo tirón lo subió a la moto-silueta.

—¡Agárrate fuerte, niño!

—Me llamo Bartolo —lo interrumpió.

—Agárrate fuerte igual, niño Bartolo, porque vamos muy sumamente requeteatrasados —y arrancó como un bólido.

Seguramente en esta ciudad no exigían un examen para manejar, porque Roelzo (o como se llamara) iba cual loco pasando por entre todos los autos, sin respetar ninguna señal del tránsito, incluso subiéndose a la vereda para pasar por entre los jardines de las casas. Rápidamente llegaron a una de estas viviendas con forma de reloj de arena.

— ¿Por qué son así las casas?

— Aaaah, te gustaría saber, ¿cierto niño Bartolo? —le contestó riéndose.

Bartolo se dio cuenta que el zorro le había hablado irónicamente, y ya no le pareció tan educado como antes.

Pero antes que se enojara, Roelzo le explicó:

—Son así porque son súper guillermodernas con un sistema sistemático que elimina los problemas de subición.

Bartolo se rió de la forma divertida en que el zorro hablaba, pero ahora fue este el que se anduvo molestando.

—Perdona que me ría, es que no te entendí muy bien —le dijo.

—Yo tampoco te entiendo demasiado, niño Bartolo, así que realmente y en verdad, no importa.

Como las casas-reloj de arena eran transparentes, Bartolo pudo ver varios conejos jugando en la parte de arriba (lo que vendría siendo el segundo piso).

Al escuchar el timbre, los conejos se deslizaron por turnos a través del orificio que tienen los relojes de arena y llegaron abajo en un santiamén. Abrieron la puerta y los recibieron muy amablemente.

Bartolo intentó imaginar cómo subirían de vuelta, porque por la abertura se veía bastante complicado y le preguntó a Roelzo.

—¡Ja, muy fácil! Mira. ¡Atención conejines! ¡Uno, dos, y...!

En ese momento todos impulsaron hacia atrás, luego hacia adelante, y la casa completa se dio vuelta (igual que un reloj de arena), por lo tanto, ahora estaban todos arriba.

«¡Fantástico!», pensó Bartolo, y le pareció increíble que a nadie en su mundo se le hubiese ocurrido una idea tan buena.

En la conejuna residencia vivían un conejo-papá, una coneja-mamá y una cantidad abundante de conejitos que jugaban por todos lados.

Bartolo le habló al conejo-papá:

—Buenos días. Me llamo Bartolo y llegué aquí en mi cama.

El conejo-papá le contestó mientras prendía su pipa.

—Qué interesante... antes nos había tocado que llegaran en avión o a caballo, o incluso en esquíes, pero nunca en cama.

Bartolo siguió con su descripción:

—Llegué anoche y hoy conocí al Gran Mermeladuke Roelzo el Magnífico quien me trajo hasta acá.

El conejo lo miró extrañado.

—¿Conociste a quién?

El zorro se puso colorado y trató de hacer como que jugaba con los conejos-niños.

—¡Oliverio! — exclamó el conejo-papá—. ¿Cuántas veces te he dicho que nunca debes ser farsante, menos aún con gente que no conoces?

El zorro le contestó mirando el suelo:

— En realidad y en verdad, no lo sé muy bien, Pascual, pero entre hartas y muchas.

Al oír el nombre del conejo-papá, Bartolo dio un salto.

—¿Pascual? ¡Tú debes ser el conejo que pone los huevos de chocolate!

Todos se quedaron mudos. Incluso los niños dejaron de jugar. Miraron fijamente a Bartolo, después se miraron entre ellos y se echaron a reír a carcajadas.

Tal como están las cosas...

Bartolo estaba a punto de partirse en dos de hambre. Por suerte la mamá-conejo se percató de esta situación (seguramente escuchó como le retumbaban las tripas) y trajo un plato lleno de frutas, pasteles y caramelos recién sacados de la mata.

—Tenemos que actuar rápidamente, Oliverio —dijo el conejo Pascual (finalmente Bartolo nunca supo si era o no el de los huevos de chocolate).

—¡Intermediatamente, señor don Tal Parascual! —contestó Oliverio haciendo una imitación de saludo militar.

—Tú también nos puedes acompañar si quieres, Bartolo.

—En realidad yo tengo que volver a mi casa... Por otro lado, mi cama al parecer se agotó y no quiere volar —expresó Bartolo, un poco complicado.

—Mejor aún para ti, porque donde nosotros vamos hay una niña humana como tú, y quizás ella te pueda ayudar a arreglar tu medio de transporte —propuso Pascual.

Oliverio de un salto aulló:

—¡Camas taimadas, sillas con estrés, mesas exquisito-frénicas o con insomnio: todos los problemas sin-zoológicos que tengan los muebles guillermodernos del hogar, ella los puede solucionar!

Bartolo se quedó callado. Luego preguntó:

—¿Dónde está ella?

—Al otro lado del Lago Sinfondo —contestó Pascual—. Nosotros necesitamos su ayuda urgentemente.

—¿Ayuda para qué? —siguió Bartolo con sus preguntas.

—¡Uuuy! —intervino Oliverio—. Hay un problemilla muy sumamente grave, gravísimo, terrible, mortal, ¡kaput! —y sacó la lengua y cerró los ojos como haciéndose el muerto.

—Sí, tenemos un problema —dijo con más tranquilidad Pascual, y continuó—. Hoy en la mañana, justo después que saliera el Sol, ocurrió algo inexplicable, algo que yo nunca creí que pudiese pasar... —el pobre conejo se veía muy preocupado—. Bartolo, tal como están las cosas, mañana el Sol no va a poder salir de nuevo.

—¿Qué?! —gritó Bartolo.

—Que no va a poder sobresalir el pobre solcito mañana por la mañana, o sea, que no va a haber mañana, porque si no hay sol, no hay mañana y, en realidad, hoy va a ser ayer, pero mañana no va a ser mañana —«aclaró» Oliverio.

Con esta explicación, Bartolo quedó más aturdido que cuando lo había trompetillado Oliverio, pero se levantó y dijo con firmeza:

—Está bien. ¡Cuenten conmigo!

La aventura comienza

Salieron los tres, apresuradamente, arriba de la moto-silueta de Oliverio. Y llegaron (muy velozmente) hasta la orilla del lago, donde había una playa. Sobre la arena había una cabaña de madera, y hasta allá fueron caminando Pascual, Oliverio y Bartolo.

—¿Has hecho surf alguna vez? —le preguntó el conejo.

—No, nunca —contestó titubeante el niño—, pero he visto como se hace.

—Con eso basta, porque aquí es muy fácil —y le pasó una tabla muy bonita con muchos colores.

«Bueno», pensó Bartolo, «si pude manejar una cama voladora, podré correr en una tabla de surf».

Miró hacia la orilla y vio que las olas eran extremadamente grandes para

ser un lago, y fue entonces que se dio cuenta que andaban al revés, es decir que, en vez de llegar a reventar en la playa, partían hacia el otro lado por el borde, dando la vuelta completa al lago, sin parar nunca.

—¡Guau! —exclamó.

—¡Y miau! —imitó el zorro.

Una vez en el agua, se subieron cada uno en una ola. No resultó tan difícil para Bartolo, y pronto estaba disfrutando como nunca antes.

Sentía el viento en la cara y veía pasar bosques llenos de árboles (en realidad, ¿de qué más podrían estar llenos los bosques?). Pero estos árboles eran diferentes a los típicos de la plaza; estos eran como los que crecen en los bosques del sur de Chile, y se acordó que había unos que se llamaban coigües y otros mañíos, pero no sabía cuáles eran cuáles y le dieron ganas de investigar todo acerca de ellos, pero ya recalaban en la ribera y su misión ahora era urgente, así que dejaría tan entretenido análisis para más adelante.

—¡Llegamos! —confirmó Pascual.

—¡Al des-bordaje! —gritó Oliverio.

Se bajaron y marcharon hasta llegar a una ciudad muy parecida a la anterior. Allí tocaron el timbre de una de las casas.

—¡Ding - dong!

Esperaron un rato... Y tocaron de nuevo:

—¡Ding - dong!

Dieron un par de vueltas alrededor para mirar desde todos lados si es que había alguien adentro. Al parecer estaba vacía, aunque varias partes estaban tapadas con unas cortinas

floreadas, así que no podían asegurarlo cien por ciento. Bartolo se desilusionó un poco, pero justo en ese momento sintió detrás de él una voz de niña.

—¡Pascual, Oliverio! ¡Qué gusto verlos!

Entonces el zorro y el conejo saltaron muy contentos a darle un apretado abrazo. Luego, la niña se quedó mirando a Bartolo.

—¡Un niño! —dijo sorprendida.

—Zás-tamente —interrumpió Oliverio—, un niño igualito que tú... bueno, casi-casi igualito que tú.

—Hola.

—Hola, me llamo Bartolo —respondió.

—Y yo, Sofía.

—Qué gusto conocerte, Sofía —Bartolo sabía que se debe ser educado con las mujeres.

Pero ella no le contestó nada, solo se quedó mirándolo. Él no sabía qué decir y se empezó a poner colorado. Ella se dio cuenta y rápidamente miró al suelo.

—El gusto es mío, Bartolo —dijo la niña sin levantar la cabeza.

Entraron a la casa y la niña les dio leche y galletas para que recuperaran la energía gastada en el viaje.

—Sofía —dijo Pascual con voz grave—, necesitamos tu ayuda —y le explicó que tal como estaban las cosas, el Sol no podría salir al día siguiente.

—¡Eso es terrible! —contestó nerviosa—. Debemos resolverlo al instante.

—¡Sí, debemos devolverlo al estante! —complementó, a su manera, Oliverio.

—Lo primero que debemos hacer —opinó Sofía, ya más calmada— es pedirle ayuda a Valentín, y para eso tenemos que ir al lago —siendo específica para que Bartolo comprendiera el plan.

—¿Vamos a volver haciendo surf igual que como vinimos?

—No, Bartolo —le respondió Pascual—, ahora vamos de vuelta al lago, pero no a la otra orilla, sino que al fondo.

—¿Al fondo del lago Sinfondo? —preguntó espantado.

—Zás-tamente —asintió Oliverio.

En el fondo, no todo es lo que parece

Se tiraron de piquero y se pusieron a nadar hacia el centro del lago.

Bartolo miraba sorprendido a Sofía. Ella era una niña de más o menos la misma edad que él. Tenía el pelo largo y los ojos le brillaban cuando se reía.

—¿Cómo llegaste tú hasta acá? —le preguntó Bartolo con curiosidad, mientras nadaban.

—Viajaba en un avión con mis papas y el avión se cayó —respondió sin entristecerse.

—¿Y qué pasó con ellos?

Sofía se quedó callada un rato, braceando coordinadamente; después lo miró y dio un suspiro, ahora sí un poco melancólica.

—No lo sé, Bartolo. Lo último que recuerdo es a mi mamá abrazándome, un fuerte choque contra la nieve... y después desperté en la casa de Pascual. Él y su señora me cuidaron hasta que estuve sana... de eso ya han pasado varios años.

—Yo te puedo ayudar a buscar a tus papas, Sofía. Con mi cama voladora podemos recorrer las montañas hasta encontrarlos —se comprometió con la mejor de las intenciones. Pero ella en vez de contestarle, solamente lo miró y le dio una de las sonrisas más lindas que jamás había visto, tanto como la de su mamá cuando le daba el beso de las buenas noches. Bartolo sintió algo muy raro, como vergüenza y ganas de arrancar, pero por suerte ella habló antes de que él cometiera aquel acto de cobardía (algo humillante, peor aún frente a una mujer).

—Llegamos —dijo, flotando en el lugar donde estaba—; ahora tenemos que hundirnos.

—¿Hundirnos? —Bartolo entendía cada vez menos— ¿Y el oxígeno?

—No es necesario —aseguró Pascual, que solo sabía nadar estilo perro, o conejo en este caso.

—Ustedes perdónenme, no es que yo sea malo para nadar, pero honestamente creo que nos vamos a ahogar con ese sistema.

Sofía avanzó hacia él y le dijo:

—Confía en nosotros, Bartolo. Toma un buen respiro y sumérgete. No te va a pasar nada, te lo prometo.

Antes, quizás, Bartolo no habría confiado mucho en una niña, pero ahora algo era diferente. Sabía que sus nuevos amigos no lo iban a defraudar y, más aún, estaba seguro que Sofía no le mentiría.

En aquel instante Bartolo llenó sus pulmones con todo el aire que le cupo y se zambulló al mismo tiempo que los demás. Nadaba y nadaba para abajo, y el corazón le latía como un tambor; un poco porque le daba miedo quedarse sin aire, pero también por la emoción. Sentía el pecho apretado, y se angustió. «No aguanto más», calculó desesperado; pero en ese preciso momento sintió que sus brazos ya no empujaban agua, sino aire, y cayó al fondo.

Sí, por increíble que parezca, el agua del lago no llegaba hasta abajo, sino que quedaba un espacio con aire en la parte inferior; por eso Bartolo salió del agua, pero no a la superficie, sino que a algo así como la «sub-ficie».

—Lo veo y no lo creo —exclamó Bartolo.

En el territorio bajo el Lago Sinfondo, había una ciudad, y sí, era algo parecida a las dos que ya conocía, pero con la diferencia que sus habitantes eran todos... ¡pumas!

Bartolo se fijó que los botes eran al revés de los que él conocía. El suelo iba hacia arriba pegado al agua y los pasajeros colgaban sentados en unas sillas como de andarivel.

—Vamos a encontrar a Valentín —dijo Pascual, exprimiéndose las orejas.

Y Oliverio, como siempre, entendió lo que él quería:

—¡Zás-tamente! ¡Vamos a encumbrar un volantín!

Llegaron a la plaza de armas, donde en la mesa de un café estaba sentado Valentín, conversando alegremente con otros pumas. Al verlos acercarse, se levantó a saludarlos.

—¡Pascual! ¡Sofía! ¡Y el gran Oliverio! Qué gusto verlos por estas profundidades. Por favor siéntense con nosotros y acompáñennos en nuestra charla.

Cuando el puma se fijó en el niño con pijama, Sofía dijo:

—Él es Bartolo, un nuevo amigo.

—Un gusto conocerte, Bartolo, si eres amigo de Sofía, eres amigo mío.

—El gusto es mío, señor.

El puma se rió y le dijo:

—Por favor, dime Valentín y lo de Señor guárdalo para cuando reces.

Mientras, Oliverio ya se había sentado a la mesa y les contaba a los pumas a su alrededor, todas sus aventuras (verdaderas e inventadas), al mismo tiempo que comía una torta de merengue con frutillas y se tomaba un chocolate helado.

Esta vez fue Sofía la que habló, y le explicó a Valentín que, tal como estaban las cosas, el Sol no podría salir mañana.

(Ahora Oliverio comía puré de castañas con crema y tomaba leche con plátano).

—Sí, Valentín, con tu vigor y gran carácter, nos puedes ayudar mucho. Te necesitamos —pidió con ojos risueños Sofía.

—Cómo podría negarme a la petición de un ángel como tú, Sofía. Por supuesto que los ayudaré en todo lo que pueda.

Bartolo se quedó pensando en lo que acababa de decir Valentín, y le pareció que tenía toda la razón: Sofía se parecía a un ángel (o como él se imaginaba que serían los ángeles).

—¡¡Oliverio!! —gritó Pascual, indignado.

Los demás se dieron vuelta y vieron a los pumas dándole aire al pobre zorro que acababa de terminar de comerse absolutamente todo lo que había en la mesa.

—¡Qué triste espectáculo, zorro desvergonzado! ¿Cómo pudiste echarte a la boca tamaña cantidad de comida? —lo reprendió el conejo.

—Con cuchillo, tenedor y cuchara, don Tal Parascual, ¿o acaso cree que soy un zorrito malaprendido? —contestó Oliverio, que apenas podía respirar de tanto pastel, torta, helado (y todo lo demás) que tenía en su ahora abultada panza.

—Bueno, Pascual, no lo retes tanto —dijo Sofía y fue a ayudar a levantar a Oliverio.

Mucho les costó mover al glotón, y lo peor de todo fue que, con tanto peso extra, no podía subir a la superficie. Como no era posible esperar que

Oliverio hiciera su digestión (aparte que todos los pumas se opusieron terminantemente a esa alternativa, por temor a las consecuencias), lo que hicieron fue amarrarle varios globos al cuerpo y ponerlo en el agua. Así, lentamente, salió a flote.

Una vez que estuvieron todos arriba, emprendieron rumbo a la orilla nadando y Valentín se fue remolcando a Oliverio que parecía una boya gigante que chapoteaba y pedía disculpas durante todo el recorrido.

Crear en lo imposible

Ahora llegaba el momento de la verdad. Bartolo finalmente sabría por qué el Sol no podría salir mañana (y tú también, de hecho).

Debían cumplir con su misión. Debían salvar al Mundo de quedarse... ¡sin Sol! Para esto organizaron una expedición a la montaña con mochilas, cuerdas, linternas, zapatos especiales para escalar y todo lo necesario para el andinismo.

Y así partieron con Valentín y Pascual al frente, y comenzaron el ascenso. En realidad, solo tenían que subir una loma no muy empinada, pero llevar todo el equipo de montaña le daba más

importancia a la expedición y era más entretenido (total, las mochilas iban casi vacías, así que no pesaban mucho).

Cuando alcanzaron el tope de la cuesta, Bartolo se quedó congelado al ver algo totalmente insólito. Habían llegado al lugar exacto por donde el Sol sale cada mañana. Bartolo veía todos los días que el Sol salía por la Cordillera, pero nunca se habría imaginado que fuese de semejante manera. Frente a ellos había un enorme orificio en la tierra, un cráter, por donde el Sol emergía al amanecer.

«Increíble», pensó.

Pero lo más increíble de todo era que aquel cráter, al que estaba mirando con la boca abierta. ¡Estaba tapado!

—Sí —dijo Pascual adivinando la pregunta que Bartolo le iba a hacer—. Hoy, pocos minutos después del amanecer, cayó un meteorito justo en el agujero por donde sale el Sol.

—Y por eso, tal como están las cosas, mañana el Sol no va a poder salir —completó la idea Sofía.

—¡Ese fue el ruido que me despertó esta mañana! —concluyó Bartolo.

—Bueno, ya sabemos cuál es el problema, ahora ¡a solucionarlo! —dijo con mucha energía Valentín.

A todo esto, Oliverio ya estaba observando detenidamente la inmensa roca roja que tapaba la salida del Sol. Ante la orden del puma, los otros reaccionaron y bajaron el montículo corriendo. El zorro se había subido al meteorito y lo tiraba con todas sus fuerzas.

Sofía, riéndose, le dijo:

—Oliverio, mejor ayúdanos a tratar de sacarlo de acá abajo.

—No Sofita, si ya lo tengo todo casi-casi listo... intermediatamente lo saco... un penúltimo tironcito y... ah, ah...

¡¡aaah¡¡

El pobre zorro rodó hasta el suelo.

—...como te venía diciendo, mi querida Filosofía, en verdad y en realidad, más mejor que lo empujemos de acá abajito no más —concluyó Oliverio sobándose la rodilla.

Rápidamente se organizaron y comenzaron a empujar. Primero todos de un lado, después del otro. Valentín enterraba sus garras en la roca y tiraba y empujaba con tanta fuerza que se le llegaban a salir los bigotes. Pero el meteorito de moverse, ni por sí acaso.

Intentaron todas las formas que se les ocurrían hasta quedar exhaustos, pero la enorme piedra estaba ahí, inmóvil, interponiéndose entre ellos y su heroica hazaña de salvar al Mundo.

—Mejor dejemos la lasaña para más tarde —dijo, agotado, Oliverio.

—Yo tampoco doy más —comentó Bartolo y se sentó apoyado en el meteorito.

Pascual estaba muy preocupado, meditando. Finalmente dijo:

—La única solución posible es tratar por el otro lado.

—¿Por qué otro lado? —preguntó Bartolo con el ceño fruncido.

—Este cráter es la salida de un gran túnel que pasa por el centro de la Tierra. Al otro lado está el lugar por donde el Sol se pone al atardecer —dijo el conejo.

Valentín se puso de pie de un salto.

—¡Entonces vamos a ese lugar y entramos y luego empujamos el meteorito desde adentro! Esa es tu idea, ¿cierto, Pascual?

—Sí, esa es la idea —contestó Pascual, pero sin mucho ánimo—. El problema es que el otro extremo del túnel está en el lado opuesto del Mundo y, como todos sabemos, el Sol se pone en medio del mar. Ya falta poco para el atardecer y, una vez que el Sol entre en el túnel, nosotros no podemos meternos sin morir abrasados.

—¡Oh, no! —gritó Oliverio—. ¡Entonces yo quiero morir abrazado a Sofía! —y saltó encima de la niña.

Ella le explicó que abrasado venía de brasa y no de abrazo, y con eso el zorro quedó un poco más tranquilo, pero mucho-muy confundido.

Todos se quedaron en silencio, tristes. Jamás podrían llegar a tiempo al otro lado del planeta... a menos que fuera volando.

—¡Volando! —saltó Bartolo—. ¡Con mi cama mágica podemos llegar a tiempo y salvar al mundo y todo lo demás!

A Sofía se le iluminó la cara de alegría y miró a Bartolo con admiración:

—¡Excelente idea! ¡Vamos rápido! Y Oliverio, como los héroes de cine, dijo:

—¡Vamos! ¡A salvar a Edmundo! ¡Y a todos los demásáás!

Se miraron unos a otros y después zorro, que se había quedado en su pódium héroe de película.

Atrapados en el túnel

Sin más demora, todos nuestros bienintencionados personajes recorrieron el camino hasta llegar al lugar donde Bartolo con su cama habían aterrizado.

—¡Vamos, rápido, todos arriba! —exclamó aceleradamente Bartolo.

Subieron Pascual el conejo, Valentín el puma, Sofía la niña y Bartolo el niño. Pero el zorro se quedó quieto.

—¿Qué pasa, Oliverio? ¡Ven, sube! —le dijo Bartolo.

—Yo no me subo a ningún objeto-mueble-volador no identificado, sin mi casco de moto-silueta —contestó.

—¡Oliverio, no podemos esperarte! —estaba diciendo Pascual, pero el zorro ya había partido corriendo a buscar su casco.

—Bueno —suspiró Sofía—, parece que tendremos que partir sin él.

—Y, para ser sincero, quizás es mejor que se quede aquí, por su propia seguridad —afirmó Valentín.

«Y la nuestra», pensó Bartolo mientras intentaba que la cama se pusiera a volar.

Pero no pasó nada.

—Quizás si te acuestas y cierras los ojos igual que en tu casa —sugirió Sofía.

Así lo hizo, y todos se quedaron callados... y nada.

—Ya pues, cama, ahora sí que es importante que me hagas caso —rogaba Bartolo a su mueble.

Pasó un buen rato. De hecho, un rato lo suficientemente bueno como para que llegase Oliverio corriendo con su casco puesto y la lengua afuera. De un salto se tiró a la cama, haciendo que casi se cayeran todos.

Bartolo se concentró de nuevo, con los ojos apretados y todos los que lo rodeaban implorando para que lograra hacer volar la cama. «No creo poder conseguirlo», pensaba con angustia nuestro casi-héroe. «Antes traté y no pude. Cierto, pero antes de antes, en mi casa, sí pude... ¿Y por qué ahora no? Vamos, camita, ¿qué pasaría si el Sol no volviera a salir? ¿Dormiríamos para siempre?».

Esta última idea no le pareció tan mala, pero después de meditarla un segundo, definitivamente se aburrió y dijo muy fuerte:

—Ya cama, por el bien de mis amigos y de los demás habitantes de este planeta, ¡partiste no más! —y la cama salió volando como un fuego artificial.

—Con buenas palabras cualquiera entiende —bromeó Bartolo y los demás se rieron.

Así se fueron viajando por el cielo, agarrándose como podían de la cama mágica.

Miraban hacia abajo y veían pasar campo, ciudad, más campo, más ciudad y después mar, mar, mar y más mar.

Valentín el puma observaba atentamente el horizonte, buscando el agujero en el océano. Ya era tarde y el Sol estaba a punto de meterse. De pronto exclamó:

—¡Ahí está! ¡Ahí está el túnel! ¡Vamos, rápido Bartolo!

—¡Torbellino a la vista! —gritó Oliverio.

Se lanzaron en picada hacia la entrada del túnel, que era un gran remolino en medio del mar. Por la mente de Bartolo cruzó un pensamiento terrorífico: «¿Qué pasaría si ésta no fuese la entrada al túnel por donde el Sol atraviesa la Tierra, sino que en realidad fuera un remolino común y corriente?». La

respuesta a esa pregunta era demasiado trágica, así que prefirió acelerar al máximo. Y resultó que, por suerte, ese remolino efectivamente era la entrada al túnel, porque el Sol se aproximaba directamente hacia él.

—¡Vamos, Bartolo, más rápido, que el Sol está a punto de ponerse! —pidió Sofía.

Bartolo entró en un estado de concentración absoluta y únicamente pensaba en llegar antes que el Sol. Se acordó que cuando iba a la playa de vacaciones con su familia, él miraba el atardecer y trataba de imaginarse por qué el Sol no se mojaba con el mar, porque de ser así, se apagaría. Ahora tenía la respuesta (y era realmente insólita).

Llegaron volando al remolino justo antes que entrara el Sol, gracias a que ellos iban más rápido. El túnel era inmenso (obvio, tiene que ser muy grande como para que quepa el Sol, pero nunca está de más recalcarlo) y a medida que se fueron internando se puso más y más oscuro, así que tuvieron que prender las linternas para alumbrar el camino. En un breve lapso (o sea, un rato corto) llegaron al otro extremo, donde estaba atascado el meteorito.

Aterrizaron mansamente en el túnel, que era de roca y estaba lleno de estalactitas (las que salen del techo) y estalagmitas (las que crecen desde el suelo).

Pascual dijo:

—Gracias a la fabulosa rapidez de la cama de Bartolo hemos llegado antes del amanecer, es decir, cuando el Sol venga hasta acá para salir; pero debemos recordar que ya se encuentra dentro del túnel y, por lo tanto, no tenemos ninguna salida más que esta.

De un salto se despabiló Valentín:

—Entonces, sin más demora, démosle curso a nuestra labor.

Y se pusieron a trabajar. Primero todos empujaron al mismo tiempo, pero no hubo ningún movimiento del meteorito.

—¡Yo tengo una mermelomática - fotocromática idea! — aseguró el zorro, saltando en una pata.

—Ahora no, Oliverio —contestó serio Pascual.

—¿Qué tal si usamos las estalactitas para ayudarnos a empujar? —propuso Bartolo.

—Buena idea; tratemos —estuvo de acuerdo Valentín, y arrancó con sus poderosas garras unas cuantas estalactitas y otras pocas estalagmitas.

Con estas puntudas estalactitas/gmitas hicieron palanca para extirpar el meteorito, pero con toda la fuerza que ejercieron, solo consiguieron quebrarlas.

De nuevo apareció saltando Oliverio:

—Les estoy diciendo que tengo una meteorológica-caleidoscópica forma de sacar la piedrota en undosportreseis ($1 \times 2 \times 3 = 6$).

—¡Basta Oliverio! ¿No ves que estamos sumamente apurados? —gruñó el puma.

—Bueno, pero es que mi idea es...

—No, Oliverio, por favor no hagas las cosas más difíciles —lo interrumpió Sofía, que ya estaba un poco nerviosa.

El calor aumentaba en el túnel y comenzaba a iluminarse indicando que el Sol estaba cada vez más cerca.

Pascual miró su reloj.

—¡Solo nos quedan unos diez minutos antes del amanecer!

Todos se lanzaron a empujar con desesperación, pero el cansancio y el calor sofocante los hizo caer rendidos al suelo.

—¡Nunca pensé que todo terminaría así! —exclamó Bartolo y miró a Sofía queriendo darle un abrazo, pero no se atrevía.

—Es que si me hicieran caso un segundito así de microscopio... —dijo Oliverio con cara de súplica.

Valentín solo levantó las cejas en señal de resignación, pero Pascual cambió su actitud.

—Está bien Oliverio, danos tu idea.

Al zorro le brillaron los ojos de emoción y se acercó al conejo para decirle su idea al oído.

A medida que Pascual iba escuchando, sus orejas, que estaban caídas de cansancio y frustración, de a poco se fueron

levantando, y un gesto de esperanza fue apareciendo en su conejuna cara.

—Realmente es una idea bastante disparatada, pero a estas alturas no perdemos nada con intentarlo.

Por grande que sea el castillo, hasta el ladrillo de más abajo es importante

La idea del zorro, por alocada que pareciera, era la única que tenían, ya que el Sol estaba a punto de alcanzarlos y, si no lograban destapar la salida, primero se quemarían como chicharrones, después se derretirían como cera de abeja y luego el Sol los aplastaría contra el meteorito y quedarían como sopaipillas. Todas estas formas de morir, en que ellos eran los ingredientes, no le parecían muy apetitosas a Bartolo.

Fue así que pusieron en marcha el plan de Oliverio.

Primero, Valentín dio un salto y quedó colgado con sus zarpas de una estalactita. Los demás le tomaron la cola y se la estiraron hasta llegar a amarrarla a una estalagmita con mucha fuerza. El pobre puma estaba tan tirante como un elástico a punto de cortarse.

Precisamente esa era la idea, porque luego Oliverio se puso su casco de motociclista y dijo con voz solemne:

—¡Pueblo de Edmundo! ¡Especialmente los zorros! ¡El gran cósmico-nauta Verioli Tuistoff se pre-parapara ser el primer zorro-bala de la ají-storia y de la pre-ají-storia también!

—¡Vamos Oliverio, no queda nada de tiempo! —exclamó Pascual, preocupado porque el calor ya era casi insoportable, el suelo estaba empezando a temblar y un ruido profundo como un trueno se sentía acercándose por el túnel.

Entonces, Sofía, Pascual y Bartolo levantaron al zorro y lo pusieron como haciendo una honda, en la que Valentín era el elástico y Oliverio la piedra. Con toda la energía que les quedaba lo fueron tirando hacia atrás.

—¿Listo?! —gritó Pascual, porque el ruido ahora era tan fuerte que apenas se oía lo que uno mismo pensaba.

Oliverio tenía los ojos que se le salían de susto y solo decía: — Ayayayayai...

El Sol ya se veía venir y su increíble luz hacía que tuvieran que tener los ojos casi cerrados para lograr ver algo.

—¡Ya no resisto más! —exclamó Valentín.

Bartolo dio la orden:

—¡Ahora! ¡¡¡Fuego!!!

—¡Toinnng! —sonó Valentín cuando soltaron a Oliverio, y después:

—¡Piuuuu! ¡¡¡Blaaaaammü! (Es decir, Oliverio saliendo disparado y chocando contra el meteorito).

El impacto fue impresionante, y el meteorito finalmente saltó dejando despejada la salida. Apenas alcanzaron los pocos segundos que les quedaban para que se subieran corriendo a la cama y salieran volando justo antes que llegara el Sol. Afuera aterrizaron y contemplaron el amanecer más increíble que jamás hubiesen visto.

Una vez pasada la emoción, y mientras el Sol iba elevándose hacia el cielo iluminando las majestuosas montañas de la Cordillera de Los Andes, se acordaron del zorro.

—¡Oliverio, Oliverio! —gritaron llamándolo.

—¡Mmm, grmpf, mmmh! —se escuchó su voz a la distancia.

Corrieron y encontraron al pobre Oliverio que estaba con su cabeza embutida en la parte alta del meteorito, y solo se veía su cuerpo colgando.

Se encaramaron arriba de la gran roca y tiraron a Oliverio de las patas para sacarlo. Un tirón fuerte y salió. Lo malo fue que perdieron el equilibrio y tuvieron un aterrizaje forzoso.

—¡Felicitaciones, Oliverio! ¡Acabas de salvar al Mundo de quedarse sin Sol! —dijo emocionado Bartolo.

—Zás-tamente, niño Bartolo, pero te digo que, en verdad y en realidad, esto de salvar a Edmundo da dolor de cabeza y jaqueca migrañosa —contestó el zorro.

Entonces Sofía se arrojó hacia él y le dio un gran abrazo y un beso, con lo que Oliverio se puso rojo de vergüenza, como un tomate. Después Pascual y Valentín también lo felicitaron y comentaron alegremente el éxito de la increíble aventura.

Mientras festejaban, Sofía se acercó a Bartolo:

—Tú también eres un héroe, Bartolo —le dijo sonriendo.

—No, yo solo... —y antes que terminara de decir nada, ella le dio un beso en la mejilla.

El quedó totalmente lelo y pálido como si hubiese veraneado dentro de un refrigerador. Pero de nuevo no alcanzó a decir ni hacer nada, porque ella ya había vuelto con el grupo a seguir celebrando.

Así nuestros personajes bajaron de vuelta a la ciudad asombrosa, que había sido el punto de partida de toda la aventura. Todos los habitantes estaban enterados de su misión, y los esperaban emocionados. En cuanto supieron de la gran idea de Oliverio, se abalanzaron encima de él para felicitarlo.

Inmediatamente empezaron los preparativos para una fiesta en honor a los cinco intrépidos paladines. El pueblo entero fue decorado con globos y serpentinas. La orquesta tocaba alegres canciones y una gran mesa, repleta de las más ricas comidas y postres, fue puesta a lo largo de la avenida principal.

Oliverio fue el que más disfrutó cantando, bailando, pero por sobre todo comiendo. Pascual y Valentín relataban los detalles, especialmente las escenas más arriesgadas, a quienes los escuchaban con asombro. En fin, todo era felicidad y satisfacción de haber triunfado. Pero muy pronto llegó otra vez el atardecer y con él, el triste momento de la despedida.

—Bueno, ya han pasado casi dos días que no lego a mi casa —dijo Bartolo— y sería bueno que volviera, porque si no a mi mamá le va a dar un ataque surtido.

—No, niño Bartolo, quédate a vivir con nosotros unos pocos años... no más de cien o doscientos —le dijo Oliverio.

A Bartolo le dio un poco de risa.

—¿Unos pocos años? No, Oliverio, no puedo quedarme. Tengo que volver con mi familia.

Entonces, Pascual, Oliverio, Sofía y Valentín, acompañaron a Bartolo hasta su cama mágica. Sofía le dio un canasto con pasteles, caramelos y frutas.

—Toma. Lleva esto para el camino.

—Gracias —y se quedó mirándola.

Sentía que el corazón le retumbaba dentro del pecho. Ella estaba sonriendo, pero sus ojos estaban tristes y brillantes. A él le dio demasiada pena dejarla y le dijo:

—Sofía, ¿no quieres irte conmigo? Quizás podríamos ubicar a tus papas.

Ella suspiró muy despacio, se acercó y le dio un abrazo.

—No; tú debes ir con tu familia y yo me debo quedar aquí con la mía, porque mi familia son Oliverio, Pas cual, Valentín y todos los demás. Ellos me necesitan y yo a ellos.

—Pero yo también...

Bartolo sintió algo en la garganta que no lo dejó seguir hablando. Tenía angustia y ganas de llorar, pero en el fondo se daba cuenta que Sofía estaba en lo correcto.

Con mucha pena los fue abrazando para despedirse y luego subió a su cama voladora. Ya estaba hecho todo un experto en manejarla, y la hizo flotar suavemente sobre el suelo.

—¡Adiós, Bartolo! —le dijeron todos.

—¡Adiós, amigos! —contestó.

—Nunca te olvidaremos —le dijo Sofía mientras Bartolo se alejaba por el cielo, pero él no la alcanzó a oír.

Ya cuando estaba lejos, y el pueblo asombroso era solo un punto en la distancia, se metió entre las sábanas y se acurrucó abrazado a la almohada. Se puso a pensar en los increíbles amigos que había conocido. Valentín con su vitalidad y audacia, Pascual con su sabiduría y calma, Oliverio con sus

ideas locas, su inmensa generosidad y ganas de ayudar siempre. Pero de quien más se acordaba era de Sofía, con su bondad y cariño, y su sonrisa de angelito.

Así, entero tapado dentro de la cama, se fue Bartolo, volando por encima de las montañas, de vuelta a casa. El no se acordaba de lo cansado que estaba, pero su cuerpo sí, así que, sin darse cuenta, se quedó profundamente dormido.

De vuelta en casa

—¡Bartolo! ¿¡Dónde has estado!?

Bartolo abrió los ojos instantáneamente al escuchar una voz muy conocida: la de su mamá. No alcanzó a contestar cuando ella lo abrazó tan fuerte que casi lo revienta y le dio muchos besos mientras de sus ojos salía tanta agua que Bartolo pensó que no iba a tener que ducharse. Pero el amor de madre le duró poco y se paró de nuevo con una cara de enojada que a Bartolo le dieron ganas de desaparecer... pero no le resultó.

—Muy bien, caballero. Ahora usted está muy atrasado para el colegio, así que se me viste y parte inmediatamente. Pero a la vuelta vamos a tener una buena conversación los dos —le dijo con tono de amenaza.

Lo de la conversación a Bartolo le daba bastante susto, pero prefería eso a que a su mamá se la llevaran presa los carabineros por hijicidio. Así que aprovechando las circunstancias, partió como un soplo al colegio sin siquiera tomar desayuno.

Corrió todo el camino, pensando en la increíble aventura que había tenido, pero le daba rabia pensar que nadie le creería jamás, porque estaba seguro que contarle a sus compañeros de curso sería una pérdida de tiempo.

Llegó apenas antes que cerraran la puerta y se fue a sentar a su banco al fondo de la clase. En ese momento se dio cuenta que con todo el apuro se le habían quedado sus cuadernos en

la casa, y miró dentro de su mesa, a ver sí es que había alguno que se le hubiese olvidado en el colegio.

Buscó revolviendo su desorden de papeles, piedras, palos y un montón de otros objetos entretenidos. Encontró uno de sus frascos de vidrio donde había guardado la última lagartija que cazó antes de irse en su viaje fantástico, pero la pobre estaba tiesa y bastante muerta. Sacó en cuenta que así era mejor porque ahora la lagartija se convertiría en fósil, igual que los dinosaurios, y podría venderla a un museo. Mientras seguía buscando con la cabeza metida dentro del banco, la profesora (que era algo rellena, un poco vieja y usaba anteojos), dijo:

—Alumnos, quiero presentarles a una nueva compañera que estará con nosotros a partir de hoy.

Bartolo levantó el cuello lentamente para ver quién era. Sus ojos no podían creer lo que veían.

—Espero que todos la reciban bien —continuó la profesora—. Su nombre es...

—¡Sofía! —le salió a Bartolo del alma.

¡Sí, era ella! ¡Era Sofía! Pero, ¿cómo? ¿por qué? ¿cuándo? Bueno, ese es otro cuento.

Índice

Bartola

Querer es poder

La ciudad asombrosa

Bartolo conoce nuevos amigos

Tal como están las cosas

La aventura comienza

En el fondo, no todo es

lo que parece

Crear en lo imposible

Atrapados en el túnel

Por grande que sea el castillo, hasta el ladrillo de más abajo
es importante

De vuelta en casa